

Las ONGD: profesionales de la solidaridad

Macarena Cotelo Suijs

Directora de Cooperación al desarrollo en el Mediterráneo. Fundación Promoción Social de la Cultura. Madrid.

1. COMIENZOS EN LA FUNDACIÓN PROMOCIÓN SOCIAL DE LA CULTURA

Me hablaron de la *Fundación Promoción Social de la Cultura* a finales de 1988 o principios del 89. Entonces yo no sabía lo que era una Organización No Gubernamental. Probablemente, ni siquiera había oído hablar de ellas. Con mi recién estrenado título universitario de licenciada en Derecho y Letrada Asesora de Empresas, yo tenía una vaga noción del concepto jurídico de “Fundación”, pero jamás me había planteado trabajar en una institución de estas características.

Por entonces, yo trabajaba para la oficina en España de una multinacional alemana dedicada a la producción de sistemas de embalaje que requería una dedicación total. Por eso, cuando Pilar Lara, entonces Directora de la Fundación, me propuso que dedicara unas horas al día como voluntaria, no pude darle una respuesta afirmativa.

Pero el panorama cambió unos meses más tarde. En marzo del 89, la empresa en la que trabajaba fue absorbida por otra del mismo sector, y se cerraron las oficinas de Madrid.. Entonces volvió a aparecer Pilar, y reiteró su ofrecimiento, pero esta vez me planteó la posibilidad de trabajar profesionalmente para la *Fundación Promoción Social de la Cultura*. Y entonces acepté.

2. LAS ORGANIZACIONES NO GUBERNAMENTALES

Antes de continuar, explicaré brevemente la evolución de la Organizaciones No Gubernamentales. Su origen hay que buscarlo en las organizaciones

benéficas o filantrópicas de finales del siglo XIX y principios del XX. Después de la II Guerra Mundial surgieron una serie de instituciones —como *Oxfam* o *Catholic Relief Services*— para afrontar los problemas que planteaban la reconstrucción y los refugiados en Europa. Por su parte, en los países del sur, empiezan a aparecer organizaciones bajo el impulso descolonizador. Pero no será hasta los años cincuenta del siglo XX cuando comiencen a surgir las organizaciones con fines de solidaridad internacional. En los años sesenta, el movimiento asociativo vinculado a la cooperación internacional cobró un fuerte impulso gracias a la declaración por parte de la Organización de Naciones Unidas de la Década del Desarrollo, y a la propuesta de que los países industrializados destinaran al menos el 0'7% de su Producto Nacional Bruto (PNB) a combatir la pobreza en el mundo.

Hoy en día, el denominado “tercer sector” está constituido por un grupo de organizaciones de diversa personalidad jurídica (normalmente asociaciones o fundaciones) y enormemente heterogéneas en cuanto a principios, prácticas, métodos de trabajo, sectores de intervención y fuentes de financiación.

La irrupción de las ONGD en el sistema internacional de cooperación ha provocado la aparición de nuevos enfoques de trabajo y ha introducido nuevos valores en un sector en el que las consideraciones económicas y geopolíticas eran las que primaban a la hora de diseñar las políticas de ayuda al desarrollo.

3. MI TRABAJO EN LA FUNDACIÓN

Pero todo esto era algo que, en esos primeros momentos de mi andadura en la Fundación, me resultaba completamente ajeno. Cuando la Fundación se constituyó a finales de 1987, el grupo de personas que la hicieron posible —entre las que se contaban algunos fieles del Opus Dei— aspiraban a ayudar a jóvenes estudiantes de escasos recursos a proseguir estudios universitarios. Y también querían contribuir al sostenimiento de diversos centros docentes de Madrid, que realizaban un importante trabajo tanto desde el punto de vista educativo como social, y se encontraban con problemas de financiación.

Así, lo que comenzó como una iniciativa más bien modesta, crecía y echaba sus raíces en un medio que estaba en continua evolución. En España, surgían nuevas ONG dedicadas al desarrollo, al tiempo que la sociedad tomaba mayor conciencia de la gravedad de los problemas económicos, sanitarios, educativos y sociales a los que se enfrentaban millones de personas en todo el mundo. Y el valor de la solidaridad fue calando hondo entre los españoles.

Para mí resultó una ayuda para profundizar en el alcance de nuestro trabajo, el conocimiento de las enseñanzas del Beato Josemaría. En las personas del

Opus Dei que conocía, iba comprobando lo que el Fundador decía de los que tenían su espíritu; para ellos, «el estar al día, el comprender el mundo moderno, es algo natural e instintivo, porque son ellos —junto con los demás ciudadanos, iguales a ellos— los que hacen nacer ese mundo y le dan su modernidad»¹. La Fundación no pudo sustraerse al enorme atractivo del trabajo en cooperación al desarrollo, entendiéndolo como tal el que se realiza para contribuir al alivio de la pobreza de los más necesitados, para contribuir a la paz y a la justicia social. Esta es la razón por la que muy pronto, el ámbito de actuación de la Fundación se vería ampliado considerablemente y entre 1989 y 1990 dio sus primeros pasos en el terreno de la cooperación participando en proyectos de desarrollo puestos en marcha por otras organizaciones.

Fueron años de conocer un mundo nuevo y de aprender a trabajar, algo que le ocurría en buena medida al resto de las ONGD españolas. Todavía no se hablaba mucho de profesionalización de nuestro trabajo: las ayudas que concedían las administraciones públicas —las que lo hacían— eran modestas, y las grandes organizaciones de siempre (Cruz Roja, Manos Unidas) movilizaban un gran número de personal voluntario.

En la actualidad ya nadie pone en duda que la solidaridad no es un problema exclusivo del Estado, sino del conjunto de la sociedad. Los ciudadanos tienen el derecho y el deber de organizarse para trabajar por el bien común. Evidentemente, la sociedad organizada no dispone de los mecanismos políticos y económicos de los gobiernos y los organismos multilaterales, y por lo tanto su participación en el proceso de desarrollo es también mucho más limitada. Sin embargo, entiendo que su forma de trabajar aporta un tono más humano a la cooperación. El contacto directo con las poblaciones beneficiarias les permite identificar más eficazmente las necesidades así como lograr que dichas poblaciones sean los artífices de su propio desarrollo. Y crea unos vínculos de compromiso y amistad que perduran en el tiempo, y que dan un sentido nuevo al trabajo.

Por otra parte, el protagonismo indiscutible que la sociedad en su conjunto ha alcanzado en el terreno de la cooperación tiene su fiel reflejo en el nivel de recursos que manejan las ONGD: el 10% de la totalidad de la Ayuda Oficial al Desarrollo². El importante volumen de fondos que actualmente destinan los organismos internacionales, los gobiernos y los propios ciudadanos gracias a la labor de sensibilización que llevan a cabo las ONGD, comporta la necesidad de contar con un personal preparado para gestionar esos recursos con eficacia.

¹ *Conversaciones*, 26.

² M. GÓMEZ GALÁN - J.A. SANAHUJA, *El sistema internacional de cooperación al desarrollo*, Madrid 1999, p. 218.

Por todo ello, la necesidad de profesionalización de las actividades de estas organizaciones es cada día más evidente. En la Fundación trabajamos un equipo al que nos gusta calificar de “pequeño y ágil”, integrado por personas que tratan de actuar en cada momento con un alto sentido de responsabilidad. Como no podía ser de otra manera, la Fundación no es ajena al fenómeno que experimentan las ONGD en España: en todas ellas los recursos humanos están adquiriendo una enorme relevancia.

Me gustaría detenerme en esta idea, para explicar cómo he vivido este proceso de profesionalización desde mi trabajo en la Fundación.

El Beato Josemaría Escrivá afirmaba que «Todo trabajo profesional exige una formación previa, y después un esfuerzo constante para mejorar esa preparación y acomodarla a las nuevas circunstancias que concurren»³. Usaba a menudo una expresión que, en sólo tres palabras, resumía esa idea «para servir, servir»⁴.

Este afán por trabajar bien nos llevó a buscar todas las oportunidades que surgieran de aprender, no sólo asistiendo a cursos y seminarios sobre nuestra área de actividad, sino también buscando en cada momento a las personas o instituciones que pudieran enseñarnos. Así, el primer proyecto de la Fundación en el Líbano fue formulado por un equipo de cuatro personas, de las cuales sólo yo representaba a la Fundación. Los demás eran miembros de otras organizaciones y expertos en desarrollo que en aquel momento quisieron echarnos una mano. En aquellos días de trabajo intenso, más que ayudar lo que hice fue aprender y asimilar toda la información que pude, para poder hacer yo sola ese trabajo más adelante. Pero incluso cuando, pasado el tiempo, ya habíamos acumulado alguna experiencia, nunca hemos dudado en recurrir a expertos de otras ONGD para consultar cuestiones relativas a nuestros proyectos, siempre que lo consideramos necesario.

Otra importante fuente de aprendizaje han sido nuestros propios errores: ha habido proyectos que hemos tenido que formular una y otra vez, incluso durante más de un año, informes a donantes que se han tenido que corregir, hemos tenido que renunciar a proyectos que nos parecían interesantes pero que no encajaban en las líneas de ayuda de los donantes [...].

Todo este bagaje de conocimientos y experiencias han sido y son un activo a disposición de las organizaciones que han necesitado o necesitan nuestra ayuda. Para mí ha sido una experiencia maravillosa poder transmitir a responsables de otras organizaciones lo que yo misma he aprendido. A lo largo de estos años, he tenido la oportunidad de participar en Seminarios dirigidos a formar a mujeres líderes de organizaciones tanto europeas como de países en desarrollo. Y en

³ *Conversaciones*, 90.

⁴ *Es Cristo que pasa*, 50.

todos esos encuentros yo misma me he enriquecido con el entusiasmo y el interés de las participantes. En algunos casos, la Fundación ha contribuido a que algunas de las ONG con las que ha trabajado con cierta continuidad en el tiempo, pongan en marcha sus propios procesos de profesionalización.

Por otra parte, en la Fundación siempre hemos considerado la formación como un factor determinante para luchar por el progreso de los pueblos. Esta es una idea recurrente en el mensaje del Beato Josemaría, quien afirmaba que «No basta el deseo de querer trabajar por el bien común; el camino, para que ese trabajo sea eficaz, es formar hombres y mujeres capaces de conseguir una buena preparación, y capaces de dar a los demás el fruto de esa plenitud que han alcanzado»⁵.

Un buen número de los proyectos que hemos promovido están relacionados con la educación en su más amplio sentido: construcción de escuelas, equipamiento de centros docentes, programas de capacitación profesional orientada al empleo, etc. Recuerdo que, cuando estábamos preparando un proyecto de construcción de una escuela del Patriarcado Latino de Jerusalén en la zona Norte de Cisjordania, los responsables del mismo me hicieron ver que esa iniciativa abría una puerta a la esperanza para la población palestina de esa región: una esperanza de desarrollo y paz. Porque las escuelas católicas del Patriarcado Latino en la zona, donde la comunidad cristiana representa tan solo el 2% de la población, albergan en sus aulas a alumnos cristianos y musulmanes, son un marco idóneo para que niños y jóvenes de ambas religiones se eduquen y aprendan a convivir respetando sus diferencias.

Otro aspecto interesante del trabajo en una ONG es el hecho de que las organizaciones que trabajan en este sector son muy diversas tanto en su configuración jurídica como en los objetivos que persiguen. Y en ocasiones es frecuente encontrarse con colegas que trabajan por diferentes valores y objetivos. Esto es lo que me ocurrió cuando tuve que ocuparme del seguimiento de una serie de proyectos financiados por el *Instituto de la Mujer de España en Latinoamérica*. Se trataba de acciones que, por sus características y contenidos de un feminismo radical que no comparto, se me hacían enormemente “cuesta arriba”. Sin embargo, entonces pude comprobar que a veces, detrás de una fachada radical se esconde una actitud completamente diferente. Nunca olvidaré la visita de la responsable de una ONG peruana feminista: en aquella reunión, y después de hablar mucho de su país y de las organizaciones de mujeres, etc., acabó diciéndome que compartía mis criterios morales en las cuestiones verdaderamente importantes.

⁵ *Conversaciones*, 73.

Otra experiencia interesante en este sentido fue el Seminario Internacional sobre “Globalización, Mujer y Desarrollo”, organizado por la Fundación en febrero del 2000. Invitamos a participar a mujeres responsables de organizaciones de África, Asia y Latinoamérica, con el objetivo de formarlas en el enfoque del marco lógico. Se trataba de una actividad eminentemente práctica con el objetivo concreto de orientarles en la técnica de formulación de proyectos.

Desde el punto de vista ideológico, había una mezcla total de tendencias que pudo haber hecho del Seminario un auténtico desastre. Sin embargo, las características del mismo propiciaban el contacto personal entre las participantes. Y este suele ser el marco en el que las diferencias ceden paso al descubrimiento de que son más las cosas que nos unen que las que nos separan. Valga como ejemplo esta anécdota: durante el Seminario alguien comentó que yo tenía cinco hijos. Entre todas las que vinieron a hablar conmigo para comprobar ese dato, había una argentina del “grupo feminista” que tenía un centro de documentación. Tuvimos una interesante conversación en la que me contó que ella también tenía muchos hijos (creo recordar que siete), que estaba muy contenta con ellos y que le ayudaban mucho en su trabajo.

En todas estas ocasiones he podido comprobar la certeza de las enseñanzas del Beato Josemaría, que animaba a todos a no ser «*antinada*»⁶, y a actuar siempre con sentido positivo y optimismo.

4. LA SOLIDARIDAD COMIENZA EN CASA

Sin duda alguna, no es fácil trabajar fuera de casa cuando tienes un marido y seis hijos que reclaman tu atención. En este sentido, quiero dejar constancia de que, incluso en los momentos de mayor éxito desde el punto de vista profesional, siempre he tenido clara la verdad de las palabras del Beato Josemaría cuando afirmaba que «la atención prestada a su familia será siempre para la mujer su mayor dignidad»⁷.

También mi experiencia confirma lo que también afirmaba el Beato: que eso no se opone a la participación en otros aspectos de la vida social y aún de la política, por ejemplo. [...] Es claro que, tanto la familia como la sociedad, necesitan esa aportación especial, que no es de ningún modo secundaria⁸.

Cuando empecé a trabajar en la Fundación, estaba soltera. Aproximadamente un año y medio después me casé. Durante todo este tiempo la Fundación

⁶ *Surco*, 864

⁷ *Conversaciones*, 87.

⁸ Cfr. *Conversaciones*, 87.

ha ido creciendo en volumen y dimensiones. Y mi familia también. Si hoy, con la situación personal que tengo sigo trabajando, es por una combinación de flexibilidad en el horario y responsabilidad personal, que hasta la fecha ha funcionado bastante bien. Esto significa que la Fundación respeta mis circunstancias familiares y mis necesidades, pero cuando hay que sacar adelante un determinado trabajo, se hace como sea.

Indudablemente, este equilibrio sería imposible sin un marido comprensivo. En mi caso, mi marido no sólo ha respetado siempre mi trabajo, sino que en determinadas ocasiones se ha involucrado voluntariamente en el mismo, ejerciendo de fotógrafo o de agente de relaciones públicas, cuando ha sido necesario.

Citaré algunos ejemplos. Su “primera colaboración” con la Fundación se produjo en diciembre de 1991. Nuestra primera hija tenía apenas tres meses, y yo tenía que acudir a una actividad que organizaba la *Federación Nacional de la Mujer Rural en Segovia*. La Fundación colaboraba en esa actividad, y por aquel entonces la Fundación éramos Pilar Lara y yo. Y además necesitábamos que alguien sacara fotos del acto. Así que mi marido me acompañó en calidad de reportero gráfico y para cuidar del bebé mientras yo atendía mi trabajo. No sería la última vez que prestara este tipo de ayuda a la Fundación. Algunos años más tarde, en 1996, aunque ya éramos algunos más en la Fundación, mi presencia seguía siendo necesaria en un Seminario que organizábamos fuera de Madrid. Pero también era necesaria para nuestra cuarta hija, que tenía tres meses. Allí estuvo también mi marido para cuidar de ella en los momentos en que yo no podía hacerlo.

Pero sin duda la prueba más difícil la superó en el verano de 1995, cuando nos trasladamos a una casa que estaba todavía en obras. Allí, con una sola habitación y un cuarto de baño disponibles, dejé a mi marido con tres niñas de 4 a 1 años, y viajé durante dos semanas a Pekín para asistir a la *IV Conferencia Mundial sobre las Mujeres*.

5. REFLEXIONES FINALES

No faltan quienes se oponen a la idea de la profesionalización de las ONGD, pues consideran que el tipo de actividad que realizamos requiere una dedicación altruista y desinteresada. Y no niego que muchas veces, el afán por cumplir con una planificación del trabajo o por alcanzar unos objetivos marcados, puede desdibujar los motivos que nos impulsan. Pero el compromiso de las ONGD con los pueblos desfavorecidos exige una solidaridad como la que le gustaba al Beato Josemaría, quien afirmaba: «hay miles de lugares en el mundo que necesitan brazos, que esperan una tarea profesional dura y sacrificada». Y

añadía: «yo la solidaridad la mido por obras de servicio, pues hay miles de lugares en el mundo que necesitan brazos, que esperan una tarea personal, dura y sacrificada»⁹.

La profesionalidad en el trabajo no está reñida con el compromiso de ayuda que se encuentra en la raíz del trabajo de las ONGD. Un trabajo que, a su vez, y como bien decía el Beato Josemaría, no es otra cosa que servicio. Enfocar ese servicio desde un punto de vista profesional implica una adecuada gestión de los fondos, una asistencia técnica para la ejecución de los proyectos, una colaboración prolongada en el tiempo que suele redundar en beneficio del fortalecimiento institucional de las ONG de los países del Sur [...] En definitiva, significa contribuir eficazmente al desarrollo de los pueblos.

Sin duda en una ONGD el trabajo hay que entenderlo como un servicio a la sociedad. Y nuestra ayuda debe ir dirigida a todos los que la necesiten, independientemente de su raza, sexo, nacionalidad o religión, pues la necesidad atezana por igual sin hacer distinciones. El Beato Josemaría se inclinó siempre por «un catolicismo abierto, que defiende la legítima libertad de las conciencias, que lleva a tratar con caridad fraterna a todos los hombres, sean o no católicos, y a colaborar con todos, participando de las diversas ilusiones nobles que mueven a la humanidad»¹⁰. El hecho de que la Fundación trabaje fundamentalmente en países donde la comunidad cristiana es una minoría, y donde, según los casos, tienen más peso otras confesiones cristianas distintas de la católica, me ha permitido constatar la realidad de esas palabras del Beato.

Quiero referirme, en concreto, a dos lugares: Líbano y Palestina. El Líbano es un país enormemente complejo, en el que conviven 17 confesiones religiosas diferentes, cristianas y musulmanas, en un delicado equilibrio que tiene su reflejo en el sistema político. Si pensamos que el Líbano es el único país del mundo árabe que reconoce derechos civiles a los cristianos, comprenderemos la importancia de llevar a cabo acciones que contribuyan al fortalecimiento de la comunidad cristiana en el país, en un momento en el que todavía no se ha cerrado la fase de reconstrucción nacional después de la guerra civil.

Palestina presenta una realidad completamente diferente. Allí, algunos miles de cristianos que representan apenas el 2% de la población, se enfrentan al doble reto de lograr la paz con Israel, y de mantener la presencia cristiana en Tierra Santa.

Trabajar por el desarrollo, sobre todo en países como Líbano y Palestina, especialmente castigados por los conflictos bélicos, es trabajar por la paz. Su Santidad Juan Pablo II lo ha expresado en términos muy gráficos al afirmar que «el

⁹ *Conversaciones*, 75.

¹⁰ *Conversaciones*, 29.

desarrollo es el otro nombre de la paz»¹¹. Al contemplar la realidad de nuestros proyectos como una apuesta por la construcción de un futuro mejor, nuestro trabajo adquiere una dimensión importante y exige que empeñemos todo nuestro esfuerzo y nuestros conocimientos, nuestro saber hacer, para que seamos realmente eficaces.

¹¹ Juan Pablo II, Enc. *Populorum progressio*, 87.